

LA AZADA

FÉLIX, el hermano mayor, y Zanahoria trabajan uno al lado del otro. Cada cual tiene su azada. La de Félix, el hermano mayor, está hecha a medida en casa del herrador, con hierro. Zanahoria se hizo la suya él solo, de madera. Hacen de hortelanos, adelantan tarea y rivalizan en ardor. De repente, cuando menos se lo esperaba (siempre ocurren las desdichas en ese preciso momento), Zanahoria recibe un azadonazo en mitad de la frente.

Momentos después hay que transportar, acostar con precaución en su cama a Fé-

lix, el hermano mayor, que acaba de sentirse malo al ver sangre de su hermano menor. Allí está toda la familia en pie, de puntillas, suspirando con aprensión:

—¿Por dónde andan las sales?

—¡Un poco de agua fresca, corred, para las sienes!

Zanahoria se sube a una silla para mirar por encima de los hombros, entre cabezas. Lleva la frente vendada con un trapo enrojecido ya, de que la sangre mana y corre.

El señor Lepic le ha dicho:

—¡Bonita manera de sonarse!

Y su hermana Ernestina, que le vendó:

—Ha entrado como en manteca.

Él no ha dado un grito, porque se le ha hecho observar que de nada sirve.

Pero he aquí que Félix, el hermano mayor, abre un ojo primero, y luego el otro.

No ha sido más que el susto; y como va volviéndole poco a poco el color, la inquietud y el espanto se retiran de los corazones.

—¡Siempre has de ser el mismo!—dice la señora de Lepic a Zanahoria.—¡Ya podías tener cuidado, papanatas!

LA ESCOPETA

EL señor Lepic les dice a sus hijos: —Basta con una escopeta para los dos. Entre hermanos que se quieren, todo ha de ser común.

—Sí, papá—responde Félix, el hermano mayor;—compartiremos la escopeta. Y hasta me contentaré con que Zanahoria me la preste de vez en cuando.

Zanahoria no dice que sí ni que no; desconfía.

El señor Lepic saca la escopeta de su funda verde y pregunta:

J. RENARD

—¿Cuál de los dos la lleva primero? Me parece que le toca al mayor.

FÉLIX

Cedo ese honor a Zanahoria. Primero él.

EL SEÑOR LEPIC

Esta mañana te estás portando con galantería, Félix. Ya lo tendré presente.

El señor Lepic instala la escopeta en el hombro de Zanahoria.

EL SEÑOR LEPIC

Vaya, hijos míos, que os divirtáis, sin pelearos.

ZANAHORIA

¿Llevamos el perro?

ZANAHORIA

EL SEÑOR LEPIC

Es inútil. Cada uno, cuando le toque la vez, que haga de perro. Además, que unos cazadores como vosotros no hieren: matan en seco.

Zanahoria y Félix, el hermano mayor, se alejan. Visten el traje sencillo de diario. Sienten no llevar polainas; pero el señor Lepic suele declararles que todo verdadero cazador las desprecia. El pantalón del cazador verdadero ha de ir arrastrando bajo el tacón. No se arremanga nunca. Así anda por el barro, por las tierras de labranza, y pronto se le forman unas polainas que le llegan a la rodilla, sólidas, naturales; la criada tiene consigna de respetarlas.

—Espero que no te volverás con las manos vacías—dice Félix, el hermano mayor.

—Esperanza tengo—dice Zanahoria.

Va sintiendo un picor en el hueco del hombro, y se niega a apoyar en él la escopeta.

—¿Eh?—le dice Félix, el hermano mayor.—¡Te la dejo llevar hasta que te hartes!

—Eres mi hermano—contesta Zanahoria.

Cuando una bandada de gorriones echa a volar, se detiene, y hace seña a Félix, el hermano mayor, de que no se mueva. La bandada va de seto en seto. Arqueada la espalda, ambos cazadores aproxímanse sin ruido, como si los gorriones durmieran. La bandada no está satisfecha, y piando va a posarse más lejos. Los cazadores se yerguen. Félix, el hermano mayor, lanza

insultos. Zanahoria, aunque el corazón le palpita, muestra menor impaciencia. Temiendo está el instante en que haya de dar pruebas de su habilidad.

¡Si errara el tiro! Cada retraso le conforta.

Pero esta vez los gorriones parece que esperan.

FÉLIX

No tires, que estás demasiado lejos.

ZANAHORIA

¿Te parece?

FÉLIX

¡Vaya! Nada engaña tanto como el agacharse: uno se figura que está encima, y está lejísimos.

Y Félix, el hermano mayor, se descubre, para demostrar que está en lo cierto. Los gorriones, espantados, vuelven a huir.

Pero uno queda en la extremidad de una rama, que se pliega y se mece. Menea la cola, vuelve la cabeza, presenta la barriga.

ZANAHORIA

La verdad es que puedo tirarle a ése; está seguro.

FÉLIX

Quítate, a ver. Sí, es verdad; ya lo tienes. ¡Anda, pronto! ¡Déjame la escopeta!

Y Zanahoria, con las manos vacías, desarmado, bosteza; en su lugar, junto a él, Félix, el hermano mayor, se echa la escopeta a la cara, apunta, dispara, y el gorrion cae.

Es como un juego de manos. Zanahoria, un momento antes, se apretaba la escopeta al corazón. Bruscamente se quedó sin ella, y ya la tiene otra vez, porque Félix, el hermano mayor, acaba de devolvérsela, y luego, haciendo de perro, corre a recoger el gorrion, y dice:

—No te decides; hay que avivar un poco.

ZANAHORIA

¡Un mucho!

FÉLIX

¡Vaya! ¿Te pones de hocico?

ZANAHORIA

¡Caray! ¿Quieres que cante?

FÉLIX

Pero si tenemos el gorrion, ¿de qué te

quejas? Imagínate que hubiésemos errado el tiro.

ZANAHORIA

Lo que es yo...

FÉLIX

Tú, o yo; lo mismo da. Hoy le mato yo; mañana le matas tú.

ZANAHORIA

¡Sí, mañana!...

FÉLIX

Te lo prometo.

ZANAHORIA

¿Sí? La víspera me lo prometes...

ZANAHORIA

FÉLIX

Te lo juro. ¿Estás satisfecho?

ZANAHORIA

¡Vaya!... Pero si buscásemos en seguida otro gorrión, podría yo probar la escopeta.

FÉLIX

No, que es tarde. Volvamos a casa, para que mamá guise éste. Te lo doy. Métetelo en el bolsillo, animalote, y déjale el pico fuera.

Los dos cazadores vuelven a casa. A veces se cruzan con un campesino que, saludando, les dice:

—Por lo menos, muchachos, no habréis matado al padre...

Zanahoria, halagado, se olvida de su rencor. Llegan, hechas las paces, triunfadores, y el señor Lepic, en cuanto los ve, muestra su asombro:

—¿Cómo es eso, Zanahoria? ¡Todavía con la escopeta! ¿La has llevado tú todo el tiempo?

—Casi todo—dice Zanahoria.

EL TOPO

ZANAHORIA encuentra por el camino un topo negro como un deshollinador. Cuando ha jugado bastante con él, se decide a matarle. Le tira por el aire muchas veces con destreza, para que vaya a caer encima de una piedra.

Al principio todo sale bien y a su gusto.

Ya el topo se ha roto las patas, abierto la cabeza, quebrado el espinazo, y parece que no le queda vida dura.

Luego, estupefacto, Zanahoria advierte que va dejando de morirse. Por mucho

que le tire tan alto como una casa, hasta el cielo, ya no adelanta.

—¡Caray, recaray! ¡No está muerto!— dice.

En efecto: sobre la piedra, manchada de sangre, el topo se hace una masa; el vientre, lleno de grasa, palpita como jalea, y con ese temblor da la ilusión de la vida.

—¡Caray, recaray!— grita Zanahoria encarnizándose. —¡Aun no está muerto!

Lo vuelve a coger, le injuria, y cambia de método.

Colorado, llenos los ojos de lágrimas, escupe al topo, y con todas sus fuerzas lo lanza a quemarropa contra la piedra.

Pero el vientre informe sigue agitándose.

Y cuanto más rabioso Zanahoria le golpea, tanto menos el topo le parece dispuesto a morir.

LA ALFALFA

ZANAHORIA y su hermano mayor, Félix, vuelven de la iglesia y apresuran el paso para llegar a casa, porque es hora de la merienda de las cuatro.

A Félix, el hermano mayor, le darán una tarta de manteca o de confitura, y a Zanahoria una tarta de nada, porque ha querido echárselas de hombre demasiado pronto, y ha declarado ante testigos que no es glotón. Le gustan las cosas al natural; come de ordinario su pan seco afectadamente, y aun esta tarde anda más de

prisa que su hermano mayor, Félix, para que le sirvan antes que a él.

A veces el pan seco parece duro. Entonces Zanahoria se echa sobre él como si atacara a un enemigo, lo empuña, le da dentelladas, cabezazos, lo despedaza, y hace saltar esquirlas. Los de su casa, puestos alrededor de él, le miran con curiosidad.

Su estómago de avestruz digeriría piedras, un perro chico manchado de cardenillo. En suma: que no se muestra difícil para la alimentación.

Se apoya en el picaporte. La puerta está cerrada.

—Creo que nuestros padres no están.

Da una patada tú—dice.

Félix, el hermano mayor, jurando por el nombre divino, se precipita sobre la pesada puerta, guarnecida de clavos, y la hace

resonar mucho tiempo. Luego, los dos, aunando sus esfuerzos, se martirizan inútilmente los hombros.

ZANAHORIA

Decididamente, no están.

FÉLIX

Pero ¿en dónde estarán?

ZANAHORIA

No lo puede saber uno todo. Sentémonos.

Con el frío de los escalones bajo las nalgas, van sintiendo un hambre descomunal. Con bostezos y puñetazos en los vacíos expresan toda su violencia.

FÉLIX

¡Se figurarán que voy a esperarlos!

ZANAHORIA

Pues es lo mejor que podemos hacer.

FÉLIX

Yo no los espero. No quiero morirme de hambre. Quiero comer en seguida cualquier cosa: hierba.

ZANAHORIA

¡Hierba! Es una idea; así damos un chasco a nuestros padres.

FÉLIX

¡Vaya! Ensalada, todos la comen. Y aquí, para entre nosotros, la alfalfa, por ejemplo, es tan tierna como la ensalada. Es ensalada sin aceite y vinagre.

ZANAHORIA

Y no hay necesidad de revolverla.

FÉLIX

¿Apuestas a que yo como alfalfa y a que tú no la comes?

ZANAHORIA

¿Por qué tú sí y yo no?

FÉLIX

Bromas aparte, ¿apuestas?

ZANAHORIA

¿Y si pidiésemos a los vecinos una rebanada de pan para cada uno, y requeson para untarlo?

FÉLIX

Prefiero la alfalfa.

ZANAHORIA

Andando.

Pronto el campo de alfalfa despliega ante sus ojos un verdor apetecible. En cuanto se meten en él, complácense en arrastrar los zapatos, chafar los tallos tiernos, señalar estrechos caminos que causen luego inquietud y hagan decir:

—¿Qué animal habrá pasado por aquí?

A través de los pantalones les va entrando cierto frescor hasta las pantorri-
llas, que se les entumescen poco a poco.

En medio del campo se paran y se tiran de bruces.

ZANAHORIA

—Aquí se está bien—dice Félix, el hermano mayor.

Cosquilleándoles la cara, se ríen como tiempo atrás, cuando dormían juntos en una cama y el señor Lepic les gritaba desde la habitación próxima:

—¿Os dormiréis, cochinos?

Se olvidan del hambre, y se echan a nadar como marineros, como perros, como ranas. Las cabezas no más sobresalen. Cortan con las manos y rechazan con los pies las olitas verdes, presto rotas. Una vez muertas, no vuelven ya a cerrarse.

—Hasta la barbilla me llegan—dice Félix, el hermano mayor.

—Mira cómo adelanto—dice Zanahoria.

Tienen que descansar, saborear más en calma su ventura.

Apoyándose en los codos, siguen con la mirada las galerías hinchadas que abren

los topos, y que corren en zigzag a flor de tierra, como las venas de los ancianos a flor de piel. Ya las pierden de vista; ya desembocan en un claro por el que la cús-cuta roedora, parásita malvada, cólera de las buenas alfalfas, extiende sus barbas de filamentos rojizos. Las toperas forman allí una aldea minúscula de chozas levantadas a la manera india.

—No es esto todo—dice Félix, el hermano mayor.—Vamos a comer. Yo empiezo. ¡Cuidado con quitarme mi ración!

Con el brazo por lápiz, traza un arco de círculo.

—Con lo demás me basta—dice Zanahoria.

Las dos cabezas desaparecen. ¿Quién adivinaría dónde están?

El viento sopla suaves hálitos, da vuelta a las delgadas hojas de la alfalfa, mos-

trando su pálido reverso, y todo el campo se agita, recorrido por estremecimientos.

Félix, el hermano mayor, arranca brazadas de forraje, se envuelve la cabeza con ellas, finge que se atiborra, imita el ruido de las mandíbulas de un inexperto ternerillo que se atraca. Y mientras él hace como si todo lo devorara, hasta las raíces, porque conoce la vida, Zanahoria, tomándolo en serio, más delicado, no escoge sino las hojas mejores.

Con la punta de la nariz las encorva, se las lleva a la boca y las masca pausadamente.

¿Para qué apresurarse?

La mesa no está tomada. La feria no está en el puente.

Y, rechinándole los dientes, amarga la lengua, asqueado el corazón, va tragando, regalándose.

EL VASO DE METAL

ZANAHORIA no ha de beber más en la mesa. Va perdiendo la costumbre de beber con tanta facilidad, que sorprende a su familia y a los amigos. Por de pronto, una mañana le dice a la señora de Lepic, cuando va a echarle vino, según costumbre:

—Gracias, mamá; no tengo sed.

Por la noche, a la hora de la comida, vuelve a decir:

—Gracias, mamá; no tengo sed.

—¡Qué ahorrativo te vas volviendol

ZANAHORIA

—dice la señora de Lepic.—Eso van a salir ganando los demás.

Y así, todo aquel primer día se lo pasa sin beber, porque la temperatura es buena, y, sencillamente, porque no tiene sed.

Al siguiente, la señora de Lepic, al poner la mesa, le pregunta:

—¿Vas a beber hoy, Zanahoria?

—La verdad—contesta,—no lo sé.

—Allá tú—dice la señora de Lepic;—si quieres tu vaso de metal, vas a buscarlo a la alacena.

Pero él no va a buscarlo. ¿Será capricho, olvido, o temor de servirse por su mano?

Ya empieza el asombro:

—Vas perfeccionándote—dice la señora de Lepic;—ya tienes un mérito más.

—¡Y raro!—dice el señor Lepic.—Te ha de ser útil con el tiempo; sobre todo, si

llegas a encontrarte solo, perdido en el desierto, sin camello.

Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, hacen apuestas:

ERNESTINA

Una semana se estará sin beber.

FÉLIX

¡Quita allá! Si puede resistir tres días, hasta el domingo, será todo lo de Dios.

—Pero si ya no vuelvo a beber—dice Zanahoria con aguda sonrisa;—si nunca tengo sed. Ya veis los conejos y los conejillos de Indias; ¿les encontráis mérito?

—¡Buen gazapo estás tú hecho!—dice Félix, el hermano mayor.

Zanahoria, por la negra honrilla, sabrá hacerles ver de lo que es capaz. La señora de Lepic sigue olvidándose del vaso, y él se impone la prohibición de reclamarlo. Con la misma indiferencia admite los cumplidos irónicos y las muestras de sincera admiración.

—O está enfermo, o está loco—dicen unos.

Y añaden otros:

—¡Beberá a escondidas!

Pero pasada la novedad, pasado el gusto. Poco a poco va disminuyendo el número de veces que Zanahoria saca la lengua para demostrar que no se le ha secado.

Parientes y vecinos se aburren. Sólo algún extraño levanta aún los brazos al cielo cuando le ponen al corriente:

—¡Exageran! No hay quien escape a lo que exige la naturaleza.

Se consulta al médico, y declara que el caso le parece rarísimo; pero que, en suma, no hay nada imposible.

Y Zanahoria, sorprendido, cuando temía sufrir, reconoce que con mediana testarudez se consigue cuanto se quiere. Creyó imponerse una privación dolorosa, poner una pica en Flandes, y ni siquiera siente incomodidad. ¡Así pudiera vencer al hambre como a la sed! Ayunaría, se alimentaría de aire.

Ya ni se acuerda del vaso de metal. Durante mucho tiempo está ocioso. Luego, a Honorina, la criada, se le ocurre llenarlo de trípoli rojo para dar lustre a las palmariorias.

LA MIGA DE PAN

CUANDO el señor Lepic está de buen humor, no tiene a menos entretener en persona a sus hijos. Les cuenta chascarrillos por las avenidas del jardín, y suele suceder que Félix, el hermano mayor, y Zanahoria se revuelcan por el suelo de tanto reír. Esta mañana ya no pueden más. Pero Ernestina, la hermana, viene a decirles que el almuerzo está en la mesa, y se calman al punto. En cuanto hay reunión de familia, las caras se enfurruñan.

Almuerzan como de costumbre, de prisa y sin tomar aliento, y nada impediría ya

que otros ocupasen la mesa si la tuviesen pedida, cuando la señora de Lepic dice:

—¿Quieres darme una miga de pan, si no te molesta, para rebañar la compota?

¿A quién se dirige?

Lo más frecuente es que la señora de Lepic se sirva sola y no dirija la palabra más que al perro. Le da detalles acerca del precio de las legumbres, y le explica lo difícil que es, con los tiempos que corren, dar de comer, con poco dinero, a seis personas y un animal.

—No—le dice a *Piramo*, que gruñe amistosamente y golpea el ruedo con la cola;—tú no sabes lo que cuesta llevar esta casa. Te figuras tú, lo mismo que los hombres, que a una cocinera se lo dan todo de balde. Lo mismo te da que suba la manteca y que los huevos se pongan por las nubes.

Pero esta vez la señora de Lepic ha

promovido un acontecimiento. Por excepción, se dirige al señor Lepic sin rodeos. A él es a quien le pide una miga de pan para rebañar la compota. Nadie pudiera dudarlo. Primero, porque ella le mira; luego, porque el señor Lepic tiene el pan a su alcance. Vacila, asombrado; después, con las puntas de los dedos coge del fondo del plato una miga de pan, y serio, sombrío, se la echa a la señora de Lepic.

¿Sainete? ¿Drama? ¡Quién sabe!

Sintiendo la humillación de su madre, Ernestina, la hermana, no sabe lo que le pasa.

—¡Bueno está hoy papá!—dice Félix, el hermano mayor, galopando sin freno sobre los palos de la silla.

Entretanto, Zanahoria, hermético, con churretes en los labios, zumbándole los

ofidos, los carrillos hinchados de patata cocida, se contiene; pero va a saltar si la señora de Lepic no se levanta en seguida de la mesa, porque en las narices de sus hijos y de su hija la tratan como a lo peor de lo peor...

LA TROMPETA

ESTA mañana el señor Lepic acaba de llegar de París. Abre el baúl, y de él salen regalos para Félix, el hermano mayor, y para Ernestina, la hermana; buenos regalos, con los cuales precisamente (¡miren qué coincidencial!) estuvieron soñando toda la noche. Luego el señor Lepic, con ambas manos a la espalda, mira maliciosamente a Zanahoria, y le dice:

—Y tú, ¿qué es lo que prefieres? ¿Una trompeta, o una pistola?

A la verdad, más peca Zanahoria de